

XVIII
1559(M)

ATENEO DE VALENCIA.

ORACION FÚNEBRE

EN HONOR DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

POR EL

EXCMO. É ILMO. SR. D. ANTOLIN MONESCILLO,

ARZOBISPO DE VALENCIA.



VALENCIA.—1881.

IMPRESA DE DOMENECCH, CALLE DEL MAR.

ORACION FÚNEBRE

EN HONOR DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

FOR EL

EXCMO. E ILMO. SR. D. ANTOLIN MONESCILLO,

ARZOBISPO DE VALENCIA.

*Pronunciada en la Santa Iglesia Metropolitana el 27 de Mayo de 1881,
con motivo del segundo centenario de su fallecimiento.*



VALENCIA.—1881.

IMPRINTA DE DOMBECÍ, CALLE DEL MAR,

Publica esta Oración el Ateneo científico, literario y artístico de Valencia, agradecidísimo á la deferencia del sábio prelado que á sus instancias la hizo.



Sapiens in populo hereditabit honorem, et nomen illius erit vivens in aeternum.—EccI. xxxvii, 29.

El hombre sábio recibirá por herencia el honor, y su nombre será inmortal.

Excelentísimos Sres.—Corporaciones sábias.



IN pecar de negligentes hemos llegado tarde á celebrar la buena memoria de D. Pedro Calderon de la Barca, pues ya los periódicos y las revistas y el pueblo valenciano, vuestro Ateneo, vuestro Municipio, vuestra Universidad y los colegios se han adelantado á coronar el personaje, digno objeto de estas honras fúnebres. Y lo que es más, conmovida la Europa, nos dá en forma de aclamacion unánime el testimonio de su respeto al ingenio esclarecido del Capellan de honor y de Reyes nuevos de Toledo. Si alguna cosa faltará á tal regocijo y á tanta solemnidad, también vendria suplida en las colecciones de datos y de noticias que al modo de la

4
Revista religiosa titulada *La Cruz*, nos han dado á conocer la vida y hechos del admirado poeta. Ya habéis coronado al vate, ahora corresponde á la Iglesia coronar al Sacerdote ungido del Señor.—*Honor et gloria in sermone sensati*. ECCLES. v. 15.

Para llegar pronto al asunto propuesto, conviene advertir que desde Alfonso el Sábio hasta Juan de Mena, desde Juan de Mena á Calderon; antes y despues de los Reyes Católicos, tocando luego en Felipe II, en Felipe III y en Felipe IV, damos naturalmente en las gloriosas empresas llevadas á cabo por el maestro del teatro europeo, al presente idolo del mundo. Pero débese recordar que nuestra España, empeñada por siglos mortales, en jornadas heroicas; y entre lágrimas y cantares, entre alegrías y sobresaltos, venia salvando su génio creador sin desmayar en las turbulencias interiores ni en las guerras extrañas; antes bien combatiendo, fundaba y se afirmaba en lo que establecia en medio de recias tempestades, que traian alborotos sobre disturbios en tiempos de confusion, y en estaciones temerosas. Y ¡quién lo imaginara! Ni el judaismo con su malignidad y suspicacia, ni el mahometismo sensual y agresor, ni las debilidades, ni las privanzas pudieron extraviar de sus caminos á nuestros padres ni arrebatar de las manos de nuestros mayores en la lengua el cetro del clasicismo cristiano, pues entre nosotros era muy vulgar negocio pensar como cristianos, hablar como santos, y hacer alarde de cumplidos caballeros.

Así es, que volviendo de los encuentros al pasajero descanso, y rehaciéndose nuestra sociedad cuando enferma, y acomitiendo no bien restablecida de sus dolencias públicas, nunca perdió su carácter de hija del Evangelio.

5
Nuestros cronistas tomaban el acento de los trovadores, los vates celebraban nuestras victorias, y el pueblo que cantaba soñando, y soñaba venciendo, traía en su corazón el instinto de la constancia en sus propósitos.

En tal sueldo se celebraban Concilios, Asambleas de doctísimos Prelados, donde se establecian los mas elevados principios del derecho eclesiástico, del derecho natural y de gentes, á un tiempo que se defendía el dogma cristiano contra mil agresiones peligrosas. Y á no tener España otra escritura, ni monumento alguno de invencion y de grandeza, que el *Fuero Juzgo*, este código seria bastante para su gloria. Pero de allí, de las Partidas, de las Ordenanzas, de las Cartas Pueblas, de los fueros y de los señoríos, y á vista de los alcázares y de los castillos, reflejábanse en esta buena tierra de claros entendimientos y de corazones generosos, variedad infinita de producciones ingeniosas.

A partir del Fuero Juzgo, formado en el Concilio IV de Toledo, se vé la civilizacion favorecida de un espíritu, que habia de elevar nuestro pueblo sobre cuanto agitaba entonces los ánimos, en términos que los venerables Obispos, salidos por lo comun de la vida interior del desierto y de la disciplina del claustro, en tales retiros y en la soledad habian consumado las obras cuya expresion iba á traducirse en leyes de general disciplina. Y como las irrupciones trajeran los usos y costumbres que el Arrianismo habia inspirado á los émulos del poder romano, regular fué que la gente goda combatiera contra las fuerzas de un imperio, el cual, si tomó asiento en nuestra patria antes que las falanjes venidas del Norte, su derecho de primer ocupante, no traía mejor origen que el de los agresores mas tardíos. Romanos, Godos y los Arabes, luego encontraron en las Asam-

bleas conciliares la resistencia pacífica de la fé, de la religion y de las costumbres cristianas; y desde Sisnando hasta Chindasvinto y Recesvinto se observa en los Concilios V, VI, VII y VIII de Toledo un progreso no interrumpido en la tarea de constituir la unidad de imperio bajo la base común de una misma legalidad. ¡Y, cosa reparable! Mientras que las reglas establecidas en los Concilios servían de texto á los códigos sucesivos, también á la sombra de semejantes modelos despertábase en los Municipios la idea de constituirse por medio de una organizacion digna, tomado el espíritu, y muchas veces la letra, ya del Fuero Viejo, ya del Fuero Real, del Espéculo ó de las Partidas.

A la unidad legal venia naturalmente asociada la unidad nacional, ambas hijas propias de la unidad religiosa, asunto y fondo de los diez y ocho Concilios celebrados en Toledo. ¿Qué significaba esto? ¿A qué conducia? Seguramente á dar por concluida la ley de razas, ó mas bien la condicion rebelde de razas envidiosas, interesadas en lisonjear pasiones para dominar con provechos la tierra codiciada. Salvó, pues, la Iglesia nuestra pátria, la formó en la unidad legal por la unidad de fé, y vió España la pasmosa trasformacion de que los vencedores abrazaran la fé de los vencidos, pues abjurado el Arrianismo por los godos, ya Recaredo y los visigodos se postraban en los Concilios á jurar por los Santos Evangelios que reinaban y nadie podia reinar sino á condicion de ser y permanecer católicos. Fuerte era el lazo, llevaba en sí una sancion sacra, la cual, apoyando lo estatuido en las Asambleas conciliares, vigorizó en tal manera el derecho y los fueros de la unidad social, que llegó á vedarse todo valor, y aun que se citara la legislacion romana. Hijos ya de la Iglesia los que por con-

quista fueran nuestros padres, de ella fueron discípulos y protectores. Véase como la unidad de fé constituyó doctrinalmente la triple unidad legal, nacional y social, hasta que fundidos los reinos, uno fué el cetro y una la corona en manos y en las sienas de D. Fernando y de Doña Isabel, la primera de este nombre, hija de D. Juan el II, protector de Juan de Mena.

Corren, pues, juntos y nunca desazonados los dos imperios, el de la fé y el de la ley. Juntos se defienden y batallan juntos contra el comun enemigo, y de nosotros aprendieron germanos y galos para seguirnos también por el curso de nuestras glorias y conquistas. Compruébase esto por medio de hechos de armas y de letras, igualmente que por el espíritu de nuestra civilizacion. Mas bien que colegirse esto de las disposiciones conciliares, de su historia aparece cómo los reyes godos, animados del espíritu cristiano, propendieron desde luego á establecer una ley común, un derecho común, cuyos gérmenes debian desarrollarse en toda su extension en el memorable reinado de D. Fernando y Doña Isabel, llamados con razon los Reyes Católicos.

Será preciso indicar algun concepto, para esclarecer este punto, limitándonos á lo simplemente necesario. Por espacio mayor de seiscientos años habian dominado nuestro pais los romanos; y Eurico, el primer legislador entre los reyes godos, á lo menos, el primero que dió leyes escritas, tomó de sus antepasados cuanto era razonable y prudente de lo que venia en costumbre, pues los litigios se arreglaban por el dictámen de la buena razon. En tiempo de este Rey se compiló el libro intitulado *Fuero Juzgo*, á imitacion del libro santo llamado *Libro de los jueces*. Despues fué añadido en el Concilio IV de Toledo bajo el reinado de

Sisenando. Y que tal libro, que tales leyes escritas fueran obra, en su origen, de Eurico, y en su formación del Concilio citado, dícelo claro la rubrica que lleva al plé dicho código.—*Este libro fue hecho de sesenta é seis obispos, en ó cuarto concilio de Toledo ante la presencia del Rey Sisenando, en ó tercero anno que el reyno, en ó era de seiscientos é ochenta é un años, Rey Sisenando.* Fueran los obispos sesenta y seis, ó sesenta y dos, como quieren algunos, y la era de seiscientos ochenta y un años, esto no afecta al hecho justificado de que el *Fuero Juzgo* se formó en el Concilio IV de Toledo. Los sucesores de Eurico corrigieron algunas leyes, añadieron otras que juzgaron necesarias, suprimieron las que tuvieron por superfluas y les dieron mejor ordenamiento, como hizo Egica en el Concilio XVII de Toledo.

Es de observar, para conocer el carácter de dichos Concilios, no menos que el impulso dado en ellos á la civilización, que reinando Recesvinto, y en tiempo de San Eugenio III se celebraron los Concilios VIII, IX y X, en el primero de los cuales se halló el rey, y pidió devota y humildemente á la asamblea corrigiera las leyes que él habia establecido, y estaban escritas en el *Fuero Juzgo*. Lo cual bien demuestra cómo la Iglesia intervenia en la formación y perfeccionamiento de los Códigos. Además de los obispos y abades, suscribieron en el Concilio VIII diez y seis varones ilustres del oficio Palatino: Andaban, pues, en buena armonía los magnates palaciegos con los Príncipes de la Iglesia, respetados y favorecidos de los Reyes. Siguiendo estos rumbos, el Rey Wamba ordenó se celebrara el Concilio XI de Toledo, y los padres, después de darle las gracias por tal disposición, llamáronle *Religioso Señor,*

amable Príncipe y nuevo reparador de la disciplina eclesiástica en aquellos tiempos. Era el año del Señor de 675. No es menester ponderar la importancia que revela el acuerdo de ambas potestades en la mira de constituir por la unidad de fé la unidad nacional.

Bien resulta de estas concordancias el modo como se formaba la unidad nacional, elaborándose dulcemente y en asambleas mixtas, cuáles eran los Concilios toledanos, la razón de Estado. Así puede verse que en los habidos durante el siglo VII, y en particular el IV, su fecha el año 633, se estableció que á la muerte del rey sería elegido el sucesor en comun asamblea de obispos y señores.—*Defuncto in paco principe, primates totius gentis, cum sacerdotibus, successorem regni, concilio communi, constituent.* Concil. tolet. IV, cán. 75;—y es de observar que siendo los indicados Concilios una especie de Córtes generales del Reino, sin embargo, disciéñese en ellos lo espiritual, propio de la Iglesia y á cargo de los obispos, y lo temporal, en que entendían á una y de comun intervencion ambas representaciones, y los obispos y señores, de acuerdo y aun á petición del Rey, segun consta en el capítulo I del Concilio XVII.

Semejante preparacion, hábilmente aprovechada en el siglo XVI, precursor y maestro, en todo lo bueno y en todo lo sólido, del siglo de Luis XIV, traia á la buena memoria de Lope de Vega y á la inimitable originalidad de Calderon copioso caudal de aventuras, de glorias de espíritu y de fatigas laudables para llenar las jornadas de sus dramas, y las escenas de los teatros con el ordenamiento de las tradiciones caballerescas; y con las persuasiones de la moral cristiana.

Y claro es, corrigiéndose unos á otros, y conservando cada cual lo propio de su carácter, vino á formarse el árbol dramático con la savia de generaciones de héroes cristianos, de autores ascéticos, de aventurados guerreros y de famosos capitanes, en términos que la capa y espada de las comedias, forma de ronda caballerosa, venía á significar con qué especie de gallardía se batallaba en campos y en desfiladeros, en castillos y desde atalayas contra los enemigos de la patria, doncella protegida de los tercios, salidos de casa.

¿Cómo el corazón de D. Pedro Calderon de la Barca podía encerrarse dentro de unidades de tiempo y de lugar, aunque sí en la de acción, de crítica pueril y de amaneramiento afeminado, si en él ardía el amor á la Religión y á la Patria, unido al entusiasmo de quien así creaba como producía, siendo á un tiempo el inventor y el héroe del artificio que admira, del enredo que enamora y de la enseñanza que moraliza? Ningún asunto era pequeño ante su inventiva. Nada resistía á su facilidad de exponer y de acomodar. Así logró llevar al teatro el dogma cristiano, la apología, la polémica, las devociones populares, la piedad, el sentimiento, la corrección de las costumbres, y los agravios de la urbanidad; y siempre cortés y modesto, revestía de grandiosidad, y enriquecía con el aparato escenario los asuntos mas dignos, aunque hoy se tengan por vulgares.

Aparece todo esto de sus comedias, de sus loas y sainetes; y mas que todo sus Autos sacramentales revelan lo vasto de sus conocimientos en la ciencia que enseña las verdades reveladas, no menos que lo profundo de sus estudios en filosofía y en política. Sean los personajes el judaísmo ó la idolatría, la herejía ó la fé, el aire, el fuego, el enten-

dimiento, Bautasar ó la muerte, cada uno habla en su lugar cosas concertadas para logro final del asunto bíblico ó de costumbres cristianas. Y obsérvese con juicio. En materia de crítica, bueno es estar por Tasis de Villarreal, por el maestro Valdivieso y por Guerra y Ribera, que salvaron á Calderon de toda censura, antes que oír á célebres literatos que, fuera y lejos de los tiempos de Calderon, no andan cerca del espíritu que animaba á nuestro héroe. Entonces, hoy, mañana y siempre será verdad inconcusa que la sólida piedad, no la superstición, nos hizo grandes, afamados y generosos, como grande era é Ingenuo D. Pedro Calderon de la Barca.

¿Cómo, si no, hubiera inquietado á Inglaterra y á Francia la representación en España de los Autos sacramentales de Calderon? ¿Qué había en ellos, que se temía de que pasara su fama en alas del viento las regiones setentrionales? Allí había cismas y herejías, presagio seguro de la indiferencia; y Calderon sembraba en el campo del mundo las semillas de la unidad religiosa, del dogma católico y de la moral cristiana, excitando en los entendimientos el valor de las confesiones y acalorando las almas con el fuego divino de la piedad.

Hé aquí la razón de Estado movida á inquietudes y á pesadumbres simplemente por la representación de un drama. Y hay que considerar que nuestro Calderon concluía sus obras dramáticas, no promoviendo ruidos, no causando alborotos ni comprando aplausos, sino pidiendo al público la gracia de mil perdones. Era costumbre decir—entre merced y señoría—porque el respeto andaba siempre en los tratos como sal de la buena crianza. Pero nuestro Capellan de reyes logró mas sin pretender tanto. Sus comedias, sus

Autos sacramentales, sus loas y recreos poéticos llegaron á ser familiares entre los niños y los mancos, como entre duques y mayordomos, pues tomando de los varios personajes el texto de sus papeles, no había tertulia ni pasatiempo donde no se dijera, bajo el nombre de relacion, alguna ensañanza de provecho. Aquí aparece el sacerdote con su natural investidura de hombre del pueblo, maestro de las gentes. Cuánto bien hayan hecho al mundo las obras de Calderon, no hay para qué adivinarlo, sabiendo que pasados dos siglos, viene Alemania protestante á mostrar su admiracion á un texto que pulveriza el cisma y contiene la protesta. Shakespeare perdió el tino de lo verosímil y maltrató la belleza. Calderon fué grande, aunque alguna vez no domara los bríos de su *vis cómica*. De todas maneras inapreciable es el don de juntar á las prendas de una fantasía varonil el temperamento de la honestidad cristiana. Y tratándose de Calderon, no causa estrañeza que impresores y libreros sacaran á relucir como obras de aquel ingenio mil obras que los enriquecian. Lo cual demuestra no ya el lujo de las aficiones á Calderon, sino tambien cómo se había infiltrado en las costumbres públicas el espíritu del capellan.

A todo esto, y buscado, lisonjeado, querido de los reyes y de los magnates nunca olvidó atender á los pobres y cuidar de los enfermos. No era poeta de aventuras y de emociones; era el ministro de Dios, predicando en dramas las verdades reveladas. Y cuando el almirante duque de Veragua, virrey y capitán general de Valencia le brindaba con medios para dar sus obras á la estampa, él contestaba con el respeto de la gratitud y en el tono de la cortesania, que nuestros tiempos desconocen. Bien está ahora re-

cordar la sentencia de San Pablo: *Plenas ad omnia utilis est*. Nuestro Calderon, en días y á punto de morir, dictaba versos para el teatro, y con gemido penitente pedía misericordia al Supremo Juez. Quiero recordar una sentencia suya, expresion delicada de la fé.

*Hombre soy, Dios sois, tened
Misericordia de mí.*

De un corazón disciplinado en el temor de Dios sacaba la unción que debía al trato con los libros santos; y tomando de los Profetas y de la sabiduría imágenes atrevidas y sentencias terribles, las templaba con las dulces que destila el sermón de Jesús sobre las bienaventuranzas y las obras de misericordia. ¿Y quién no acaricia dolorosa simpatía al oír el extremado quejido de personajes como Segismundo? Siéntese palpar el corazón del vate sacro, Job, cuando exclamaba: *¡Quare de vulva educisti me!* *¡Qué Sacro Parnaso!* *¡Qué Viña del Señor!* *¡Qué Valle de la Zarzuela!* Punto aparte, en materia de suyo inagotable, y bajo la pluma de Calderon grandiosamente celebrada. Con justicia dijose de él: "si hubiera sido griego, no se le citaría sin veneracion, y si francés, nada hubiera dejado que hacer á Corneille y á Moliere." Pero hizo tanto por nuestras glorias pátrias que justo es enaltecer su nombre, rindiéndole el culto de una admiracion ingénuo y el de las caridades cristianas. Habla después de muerto para enseñarnos á pensar, ya que hemos olvidado su lenguaje y desconocemos los felices giros de sus elevaciones. Era teólogo y filósofo, era moralista, era español, y pasaba al habla castellana los conceptos mas finos y las mas agudas sentencias con que la ciencia de la religion expresa la sublimidad del

dogma en apoyo y defensa de la verdad católica. No es de extrañar, por lo tanto, que varones de algún modo y en cierto sentido ilustres, tengan por defecto en Calderón lo que constituye una de sus más preciadas habilidades, á saber; la de pasar al teatro asuntos divinos en acento facultativo.

Exclamando Job, y deshecho en quejas su ánimo contristado, cobra hastío á una vida trabajosa, y en el exceso de sus miserias, como David en el de su celo, como San Pablo dolido del combate entre las concupiscencias y la razón, doble ley que le atormentaba, y á modo de Jesús, diciendo: "¡Dios mío! ¡Dios mío! por qué me has desamparado!", daba á entender bien que los sufrimientos son amargos, y parecen intolerables á la humana flaqueza. Pero, aun así ponderados, aun diciendo Job, *percat dies in qua natus sum*, y San Pablo, *ut taderet nos etiam vivere*. No quiero que ignoreis, decia, la tribulación que padecemos en Asia, los males de que nos vimos abrumados, tan excesivos y superiores á nuestras fuerzas, que nos hacían cobrar hastío á la vida. „ Nunca semejantes quejidos fueron acento desesperado ni fatalista. "La graveza de los trabajos presentes, dice Fr. Luis de Leon, criaba aborrecimiento de todo lo que era vivir en el pecho santo de Job." Pues bien, ¿ha dicho mas Segismundo en la comedia de Calderón intitulada *La Vida es sueño*? ¿Ha dicho tanto el personaje *Hombre* en el Auto sacramental llamado *La Vida es sueño*? Pues si Job era santo; si lo era San Pablo, y si Jesús era Dios, y no siendo, claro es, ni Dios, ni santo D. Pedro Calderón de la Barca, pero siendo sacerdote ejemplar y versadísimo en las Santas Escrituras, ¿pudo abrigar en su hermoso corazón el senti-

miento de inducir al fatalismo, imitando á Job, á San Pablo y á Jesucristo? Por otra parte, ¿cuál es el desenlace de la comedia *La Vida es sueño*? Justamente un anatema á la traición, es decir, un fin moral.

*Pues que ya venos aguarda
Mi valor grandes victorias,
Hey ha de ser la mas alta
Vencerme á mí.*

Que el traídor no es menester,
Siendo la traición pasada.
¡Ayl! di, ¿qué voluntad, Señor, te vino
De producirme á luz? ¡Ayl! feneciera
Antes que comenzara á ser vecino
Del mundo, y que mortal ojo me viera:
Y el vientre se trocara en sepultura,
Y como el que no fué jamás, yo fuera.

Fr. Luis de Leon: Exposición de Job, capítulo X.

Deber estrecho es para la crítica enterarse bien de los asuntos, conocer los personajes, el intento que se proponen y las circunstancias que los rodean, sin prescindir de los antecedentes que sirven de credencial á su historia. Y es preciso también comprender la significación de las palabras, en especial si ellas son facultativas. El apóstol San Pablo nos dará un ejemplo de buen criterio diciendo á los fieles de Corinto: "Si la lengua que habláis no es inteligible, ¿cómo se sabrá lo que decís? no hablareis sino al aire. En efecto, hay en el mundo muchas diferentes lenguas, y no

hay pueblo que no tenga la suya. Si yo, pues, ignoro lo que significan las palabras, será bárbaro ó extraño para aquel á quien hable, y el que me hable será bárbaro para mí. Capítulo XIV de la primera carta.

Hay mas todavía. El lenguaje científico no es lenguaje académico, esto es, no andan sus palabras en los Diccionarios nacionales. Los vocablos facultativos sirven para guardar el tecnicismo de la ciencia, no el clasicismo de las lenguas. En su virtud, bárbara, peregrina y extraña será para la Academia de la lengua, por ejemplo, la palabra *aseidad*, tratándose de los atributos de Dios.

Es de recordár al presente y con este motivo la sublime poesía de los Hebreos, y cómo los sagrados vates, olvidados de sí mismos, dominaban las alturas para divisar desde ellas y saludar con Isaías al divino Emmanuel, llovido como rocío del cielo. Con esto, el judaismo, la gentilidad, el padre de familias, la inocencia y los zagales aparecen como glosadores de la Biblia, vertida en cadenciosos cantares al habla castellana, eco que resonaba en los teatros, en las aulas, en las catedrales y en el claustro, en forma de graciosas relaciones y de instructivo recreo. Pues si el vocablo vate se descompone en *vis mentis*, nunca el nervio del entendimiento fué mas vigoroso que en lengua de Calderon. Y de aqui puede inferirse como la luz reflejaba del monte del Testamento.

Pasaban estas escenas, ó mejor, éstas escenas dibujaban al natural el carácter de nuestra Patria, una en su fé, grande por su fé, nunca grande sino por su fé y siempre victoriosa por la unidad en la fé. Y entonces bullía en Francia el espíritu de celos expresados por cultos desvíos, que luego se formularon en la famosa Declaracion de 1682, ori-

gen de ultrarozos agresiones en tono de Regalia. Inglaterra, Alemania, los Países Bajos y la Suiza Occidental ardian en contiendas, y deshacía las nacionalidades católicas el espíritu de protesta, dando por fiadora la Biblia. Pues bien; ya hemos visto como Calderon traducía en versos armoniosos los Libros Santos, y en qué forma, con su letra y espíritu resolvía en ingeniosa polémica las cuestiones mas intrincadas que á la sazón conmovian el mundo. Lo cual, ni Calderon pudo hacerlo, ni nadie mas, como no hubiera bebido en las fuentes de la revelación divina las aguas saludables de la fé, y como no las hubiese sustentado con el auxilio de la razon al servicio de la fé misma. Y de ello responden todos y cada uno de los Autos sacramentales, señaladamente los que se intitulan: *Lo que va del hombre á Dios* y *La Divina Filotea*. Para esto, como dicho es, era necesario el tecnicismo de la ciencia, que siempre es bárbaro para los peregrinos en la facultad. Reuniéndolo todo Calderon, con ello formó la enseñanza de los nobles y de los plebeyos. Ni puede disputársele la gloria de haberse hecho admirar de los sábios y amar de los sencillos.

Bossuet, que leía al Padre Granada, tomando de él dichos y sentencias; Fenelon, que trataba los asuntos de España, y los cortesanos de Luis XIV, sin duda conocian la fama ya universal de Calderon; y autores dramáticos, tales como Corneille, Moliere y Racine, admiraban la facundia del Cappellan de Reyes de Toledo, con él querian emular en grandeza de imágenes y en elevacion de pensamientos.

¿Qué sucede pasados dos siglos? Calderon es buscado; de hoy en adelante será leído con erudita solicitud, y á causa de esto, la Religion, la Iglesia, la piedad y el culto católico ganarán campo ancho, saltando fronteras y venci-

das mil preocupaciones de nacimiento y de educación. Por de pronto, es maravilla que por todos y en todas partes se acepte al personaje-clérigo, por virtud y en veneración a sus obras. Pero al rendir culto de admiración a nuestro esclarecido compatriota, no solamente se reconocen las especiales dotes que le eran propias, sino que tomándolo por maestro las escuelas modernas, dieron motivo a que sus obras fueran a mejor luz vistas, y con más diligencia examinadas, llegando a confesar propios y extraños que Calderon fué el padre del teatro europeo, hombre prodigioso en un siglo de ingenios y de ternura, de galas y delicadeza, como heredero que era del espíritu de los Padres Granada y Leon, de los Santos Juan de la Cruz y Teresa, y de la sabiduría de los Sotos, de Suarez, de Maldonado, Arias Montano y Salmeron. Así los tiempos consumiendo razas y derumbando imperios, asientan la fama de los varones ilustres, cuya memoria sobrevive á los siglos. *Sapiens in populo hereditabit honorem, et nomen illius erit vivens in eternum.*

Ya veis, señores, como las naciones se aprestan á enviarnos legiones de admiradores, que compartan con nosotros el regocijo y los honores que experimentamos al celebrar la envidiable memoria de Calderon. Vienen llamadas por su amor á lo grande y las trae en alas del viento la fama de un ingenio celebrado, más que por nosotros, por los que en las regiones del Norte se detuvieron á meditar lo mismo que en España cantaban los niños y las mujeres, las compañías de trovadores, y los tañedores de vihuela. De una vez dirán esto dos extranjeros, hombres de letras, el uno poco devoto de Autos sacramentales. Saint Evremont decía: "Confieso que los in-

genios de Madrid son más fecundos que los nuestros en las invenciones, y por lo mismo de ellos hemos tomado la mayor parte de los asuntos."

"Preciso es confesar, decía Voltaire, que somos deudores á España de la primera tragedia apasionada y de la primera comedia de carácter. Ningun escritor español ha traducido ni imitado autores franceses hasta el reinado de Felipe V. Nosotros, por el contrario, desde el tiempo de Luis XIII y de Luis XIV hemos tomado de los españoles más de cuarenta composiciones dramáticas. Calderon era de Madrid y vivió en los reinados de ambos Felipes III y IV. Pero aun hemos de concretar la confesión de los extranjeros, personificando el testimonio.

"Si Calderon, escribe Linguet, hubiera sido griego, no se le nombraría sin veneración, y á haber nacido en Francia, poco hubiera dejado que hacer á los Corneilles y Racines."

Dejo aparte cien elogios más, tributados á nuestro Calderon, pues la angustia del tiempo no lo consiente, ni las circunstancias lo permiten.

Por otra parte, una oración fúnebre no es una biografía ni el estudio analítico de las obras de arte.

Y pues de admiradores se ha tratado, no es justo lamentar, que Alemania, enriquecida con nuestro admirable teatro, haya dado un giro evidentemente siniestro á los dramas y ensayos, que imitan Francia, España y las naciones letradas? ¿Qué pensar de una literatura empeñada en lances peligrosos y en representaciones extravagantes? ¿Es bueno acaso emplear los dones de Dios y ejercitar el ingenio en excitar las pasiones, en irritar los ánimos, en elevar el crimen á la dignidad de la virtud, en marear cabezas y

cu pervertir corazones? Quién tuvo jamás por bello lo inmoral, y por laudables las frivolidades que disipan el ánimo, y acaban con las fortunas? Lanzando Schiller á los campos tropas de bandidos en forma de héroes de comedia, y llevando Goethe sus fantasías hasta enloquecer la juventud inexperta, pudieron imaginarse que amaban á Calderon, llamándole romántico; mas, estudiándole, no le conocieron, y queriendo imitarle, ni siquiera tuvieron la ingenuidad de copiar sus cuadros.

Tengo á la vista un profesorado noble, inteligente y concienzudo. Tal vez entre mis oyentes se halle algún discípulo de Alberto Lista, de Reinoso, de Hermosilla, de Martínez de la Rosa, ascendientes inmediatos de Navarro Villoslada, de Vega, Roca de Togores, Ayala y de los novísimos literatos. Pues oígame á D. Alberto: "Los que se complacen en ver horrores, costumbres patibularias, crímenes y suicidios; los que por el precio de un billete se creen dueños de las generaciones pasadas, presentes como reos en el tribunal de la escena, cometen un anacronismo. Debieron haber nacido en la época de Robespierre y Marat." Debese añadir: debieron haber bebido en las fuentes de Plauto y de Terencio.

Nuestro Calderon se apasionaba y divertía al público con el donaire de una expresión delicada, sosteniendo el interés del asunto por medio de artificios ingeniosos y de tramoyas singulares; pero jamás se retrató á sí mismo, ni su casa y familia, ni á sus amigos y protectores, como no fuera para honrar la gratitud y dignificar la modestia. No, no hizo alarde de enseñar indignidades desluciendo reputaciones acrisoladas. ¿Y cómo hubiera imaginado convertir el teatro en palestra de infamación? Mas bien que de la socie-

dad y para el público, se ha hecho gala por ciertos autores de aparecer lo que no son, ó como no han sido, disputando á la corrupción elegante la palma del vicio, llamado travesura. ¡Perdición de talentos! ¡Malogrados ingenios! Aquí la vanidad solivlanta, el orgullo infla los hombres.

Y en llegando á esto, volvamos á un lado la vista, vosotros para descansar de la fatiga de oírme, yo para no recrear mis canas ni divertir con letras amenas la gravedad de mi carácter y la santidad del mas elevado de los misterios, y fijémosla en el espíritu que vivifica. Calderon fué caballero cristiano, fué sacerdote ejemplar, laborioso, hombre ocupado en celebrar las grandezas de Dios en sus misterios, varón prudente y de corazón apasionado en obras de misericordia. Anduvo entre Príncipes y Magnates sin tomar de la corte ni los aires de la ficción ni el viso de las lisonjas. Honró el sacerdocio en el amor á sus compañeros, y en el celo por la gloria de Dios; y buen hermano, consejero amoroso y dechado de caballerosidad, tuvo en las complacencias de familia el consuelo de ver consagrada al Señor á su hermana Doña Dorotea, monja en el convento de Santa Clara de Toledo. Sea su alma en eterno descanso.

